

Abro la ventana y respiro el aire fresco del fin del mundo

Álvaro Negro

A Marta, por compartir el jardín y el cosmos

1. Estoy ya en ese tiempo en el que la muerte espera en cada esquina señalando las direcciones del camino. Justo ahora pienso en voz alta en que cada día supone una lucha que merece la recompensa de la pérdida; también recuerdo a aquellos que ya dijeron que cada día nacemos y morimos. Al cerrar los ojos nos sumergimos en ese fragmento de aprendizaje que es el sueño, el sueño de asistir a nuestra muerte.

Parece que fue ayer pero hace ya más de un año sin pintar un cuadro, no es casualidad, ya sabes, la necesidad de ausentarse... Y ese tiempo se dilató y supongo que fui perdiendo cuerpo. Porque para pintar se necesita sobre todo de cuerpo y fe en el cuerpo: la pintura es, en si misma, una conciencia de cuerpo... Puede que no haya mayor desaparición que la del cuerpo... (sé de lo que hablo, me entendais o no). El caso es que he desaparecido tan lentamente que aún estoy en ese proceso, y sin la necesidad de proyectarlo como una meta (no tengo fuerzas para hablar de éticas). El cuerpo, la pintura... ¡Cómo pesan!

Bien es cierto que el proceso de desaparición no es mágico; de hecho, tiene la apariencia del automatismo vital que se repite todas las mañanas: desayunas, das un paseo, lees el periódico, vas a la compra, cocinas, comentas la actualidad, haces planes de futuro, proyectas, sueñas, echas la siesta debajo del manzano, lees un libro, vives debajo del manzano, observas la pudrición de las manzanas, hueles el olor a vinagre de su pudrir, acaricias gatos, observas la colina y los campos trabajados, fumas, sientes la culpa por fumar, te odias y te amas, abrazas, miras la oscuridad, intentas dormir, duermes y mueres... Pero esto es aparente, aunque en un principio el cuerpo tiene miedo y resalta el maravilloso automatismo del devenir, ¡ya no hay vuelta!, el proceso resulta inevitable. Más pronto que tarde entras en la fase terminal y un día despiertas, abres la ventana, y respiras a pleno pulmón el aire fresco del fin del mundo.

¡Ya no eres tú!

Dejar de pintar representa sin duda una renuncia, un verdadero sacrificio: perder el cuerpo, salir del mundo. También es cierto que todo sacrificio esconde algo de egoísmo, pues se realiza bajo la condición de conseguir algo a cambio; aunque, como en mi caso, no conozcas lo que pretendes.

De hecho, yo no sabía que quería ser ángel; perseguí una intuición diferente a todas las equivocadas intuiciones que a menudo confundí con ansias y carencias. Sabía que deseaba evitar el frío (no tanto el calor), quería tocar sin quemarme, anhelaba vivir... Pero disfrutaba más aún de la mirada cercana, prestando máxima atención a los detalles más insignificantes... Como en el centro de una multitud que ni percibe que también estás ahí, entre ellos, quieto, anónimo, muerto.

(soplo) Contemplados durante horas.

Cuando uno permanece inmóvil en medio de todos los ruidos de la vida, de su movimiento... Es como contemplar el agua del río, hai una distancia eterna respecto a la sensación de estar dentro, nadando, sintiendo el frío de la montaña, siendo cuerpo que vuelve a sentirse insecto.

Ahora soy ángel, en Berlín. Un día percibí que la transformación se había completado y que ese era el motivo de mi sacrificio. Bien es cierto que por un instante pensé que me estaba volviendo loco, pero no, disfruté mucho del descubrimiento. Fue uno de esos momentos

donde la conciencia es una entelequia que por una vez llega a cumplirse. Otros dicen: “la conciencia es una neuroquímica.”

¡Fue ese! (señaló la multitud con vehemencia)

2. Justo ahora, a las 8:53 de la mañana, cogería el teléfono y te llamaría (muy nervioso) con las siguientes preguntas:

“–¿Qué demonios es la espiritualidad? Realmente necesito de algo parecido a la idea de Dios? ¿Qué distancia existe realmente entre el ojo y el levantar del pincel?”

(Debo dar un paseo y reflexionar sobre esto, debo mantener una disciplina) “–¿Encontraré la misma luz y los mismos árboles que Grünewald contempló en su último septiembre de 1527?” Ahora voy a respirar el aire, aunque el bosque retroceda (mi nervio óptico también se está rasgando).

Fijar los ojos, fijar el tiempo y perderse. La belleza todavía permanece.

Antes pensaba en mi memoria, en la desconfianza que siento frente a mis recuerdos, en la diferencia entre tú y yo respecto a unas vivencias comunes que se distancian desde el pasado hacia el futuro. Córtex cerebral. Definitivamente, pasear y desaparecer.

Ofrecer testimonio permanente sobre la alegría, el miedo, la nostalgia, el bien y el mal, las esperanzas... ¿Radica ahí la espiritualidad? ¿Estriba en una ética de correspondencia entre los hechos y los sentimientos?, ¿o quizás en la protección? Proteger al otro de sí mismo. Protegernos de los demás, especialmente de sus miradas, ahí reside el peligro de la pérdida: perderse entre todas las miradas de tal modo que uno no se percibe porque continuamente está siendo percibido.

12:29 Regreso del paseo. Más que cumplir con una disciplina debería pensar en elaborar mi propia doctrina, incluso puede que diese comienzo con *La doctrina del Sainte-Victoire*, el doce de noviembre de 1996: momento fundacional. Puede que el siguiente, el que me va a acompañar durante esta década, sea *Del natural* y la obra de Sebald en conjunto (intuición). Handke siempre permanece.

Mi doctrina debe estar entre A Trigueira, Brocos y el Wadi Rum. Mi pintura quedó en las rocas del Siq, con el ojo grabado en las tumbas y templos nabateos. Mi cuerpo se quemará en la montaña. Las cenizas serán comidas por los buitres mientras los amigos cantan y beben vino.

“–Chus: ¿dónde nacen las palabras (las que te reconocen)?, ¿cual sería la distancia entre los omoplatos y la mesa de los espíritus?, has abierto la niebla con los dedos?”

¡Cocinar!

La doctrina también debería incluir una huerta (pregunta para Celso).

Carlos, ¡mi querido Carlos! Me acuerdo del niño ahora que llegó la noche. Encenderé una vela e invocaré a todos los ángeles.

3. ¿Cual será mi paraíso perdido? Estaba allí, tan pegado a mí que estaba dentro. No era la Patagonia.

(Compruebo ahora que el escribir debe ser necesariamente una enfermedad, debe producir fiebre).

Tarea para mañana (parte de la doctrina): recoger las piedras que cayeron de los muros y tirarlas al vacío; crear un nuevo orden (ser un poco salvaje).

Ya hoy se siente el dominio de septiembre; todo el mundo reaparece para reclamar deudas o ofrecer regalos envenenados. “—No, tú no. ¡No desaparezcas! Yo seguiré recogiendo el agua con las manos para regar las plantas en peregrinación.” Después compré flores y las dispuse como si estuviera pensando en el desierto. Tengo que hacerme estos regalos, uno cada día.

El desierto: ¡ese espejo!

El reloj-despertador (los de tic-tac, con agujas y campana) baja por el río en una barca. El oso reparó en él y huyó corriendo al olfatear la muerte. El salmón la remolcó para que todo comenzase de nuevo.

Los maestros carpinteros usaban madera de peor calidad para las partes ocultas de los muebles. Este hábito enfadaba al aprendiz Zumthor, de modo que cuando comenzó a elaborar sus propios diseños rompió con la norma (contranatura). Sabía que las cosas visibles e invisibles están íntimamente ligadas. “—Dios sí las veía”, le aclaró un día al maestro.

Doctrina: culminar trabajos que me sometan a un estado máximo de concentración.

Después de muchos años, en el cabezal de mi cama cuelga una cruz, pero tan diminuta que coge en la palma de la mano. Representa una escena con el árbol de la vida, lo que da sosiego a mis sueños:

*Los sentimientos
amigo mío
escribió Schumann
son estrellas que sólo
nos guían en
la luz del día*

W.G. Sebald

Al pie de la cama, cuelga en la pared un cuadro de Oriol Vilapuig; pertenece a la serie de personajes durmientes con citas referidas a nombres de escritores, filósofos, artistas... Las figuras parecen protegidas por un halo *naïf* de grandeza y miseria. Todas las mañanas, cuando despierto, el cuadro parece una aparición.

*es
como si yaciera
frente a un cielo
bajo & respirara
por el ojo de una aguja*

W.G. Sebald

Doctrina: respirar todas las mañanas antes de pensar, antes de que el gallo cante siete veces.

¡Ya puedo dormir!

4. Sentarse como un perro delante de un Cézanne, aunque sea delante de la pantalla del ordenador.

La mujer rubia lee unos papeles: se sabe majestuosa; su cabello recogido deja la nuca a la vista; el ojo acaricia su contorno; la luz es cálida, incluso en la sombra. *Let it be.*

En el lecho más bajo del río hay una mesa con una torre de libros. El osezno, sentado, juega con el salmón que acaba de pescar la madre. La barca con el reloj regresa a favor de corriente, mientras Roman Signer duerme un quilómetro más abajo. El atardecer huele a primavera.

“—¿Y tú que me cuentas?”

“—¿Recuerdas cuando estuvimos aquí por primera vez, justo en el valle glacial? Todo estaba por llegar y el futuro ni siquiera existía.”

El último cine del pueblo ha cerrado. En su cartel de anuncios sólo resisten cuatro letras dispuestas del siguiente modo:

O
G O D

La vela reposa sobre un cojín lleno de aire esperando el estallido de la vida. El espejo me refleja todas las mañanas (no tanto por las noches).

Ir a nadar. Luego compraré un *Click de Famobil* para Mario.

Los asientos esculturales para la ceremonia del té de Kensuke Ushida se elaboran en madera de Kiri, árbol también conocido como Pawlonia o árbol de la emperatriz (en honor de la hija del Zar Pablo I de Rusia). Aunque de origen chino, se introdujo en Europa a través de Japón. Entre sus peculiaridades destaca que sobrevive al fuego y, de hecho, nuestro artesano quema la madera como conclusión de la pieza (de ahí su color marrón oscuro de color mate-satinado). La superficie es porosa. El aspecto morfológico sería el de un canto rodado con una ligera inclinación hacia arriba, a modo de colina, en uno de sus bordes. Los círculos anulares de la cronología del árbol circunscriben todo su volumen desde el centro, consistente en un vacío cilíndrico de aproximadamente tres centímetros de diámetro. La pieza adquiere todo su esplendor en la penumbra, bajo la luz lunar.

Para de rascar las piernas. ¡Me hago sangre!

Las ramas de los sauces estaban podadas conformando una línea que jugaba con el horizonte. Las piedras permanecían dispuestas como en una secuencia desde la posición vertical hasta la entrada-caída en el agua. A cada paso todo se transformaba en su inmovilidad. Llovía y no quedaba nadie en Wannsee. También era septiembre, hace dos años.

De la casa restaurada proyectada por Luis G., la de Vedra, aún permanece la respiración de las maderas:

- Estructura, piso y zonas donde tocan manos y pies o fregona: Castaño del país.
- Recubrimientos y particiones sin contacto con manos y pies: Pino y Abeto.
- Maderas al exterior, ventanas y solana: Iroko.

¡Y qué maravillosa la escalera!; le da sentido a todo el espacio. ¡Y el naranjo en el jardín!, dibujando de forma asimétrica el vacío de la gran pared blanca. Yo sólo puedo ser arquitecto a través de la pintura, reflexionando sobre la exterioridad del cuadro, sobre sus límites. Aunque también lo soy simplemente habitando.

Proyecto para Monteagudo: pasear, leer, cocinar y nadar. En algún momento pintaría cuadros a escondidas, en el interior del bosque, y los dejaría abandonados allí, como

espejos pintados por el tiempo. También dibujaría un mapa con la situación exacta de cada uno, por si un día desease realizar un viaje a los lugares de los cuadros abandonados y desaparecidos. En las noches de verano dormiría junto a la puerta de Rückriem, la que da acceso a la robleda, y al despertar: “-¡Ser un salvaje y desayunar arándanos con caza!” Después, echar una siesta sobre otra de las piedras de Rückriem, la que está enterrada junto al muro que delimita el linde norte del jardín; la otra piedra, a unos metros, ya sugiere que merece la pena recorrer los cien metros prado abajo. Por el medio la hierba canta, mientras pica las piernas y, al llegar, unos pocos árboles que protegen y delimitan.

Quedé desnudo, pero las hojas terminaron por cubrirme con el viento. Y al atardecer, lo más adecuado es estar quieto, en el centro, y esperar. Al día siguiente: ir a Forcarei y comer *richada*.

*cielo de otoño
grupo de viejas árboles
¡y esta mansión!*

Ryookan

El río de Zobra es el Deza (para Mary)... Con la miel en el hocico.

*Viento de otoño.
Se encogen los testículos
del techador.*

Ryookan

Mi trabajo ya es escribir por las mañanas, bien temprano, sin abrigo.

Regresaba de Richmond y me encontré de nuevo con Battersea Station; el tren iba lo suficientemente lleno como para quedarme atrapado junto a la puerta. Se detuvo poco antes de Waterloo, en tierra de nadie, todo se paralizó y el sol hizo aparición como acostumbra en Londres (Bach entre toda la gente con prisas del mundo), iluminando el rostro de un modo que te reconoces: “-¡Ahora, ahora, ahora!” En el instante supe que era el más afortunado. (*In memory of...*) Tus lágrimas serán siempre las mías.

Desaparecer mientras escribo (doctrina o diálogo entre ángeles).